

Belén Junco

La reina
de Nairobi

la esfera  de los libros

Son las seis de la tarde.

El día ha sido intenso, espeso, poco agradable, y mi cabeza quiere y pide a gritos libertad, aire puro, intimidad, estar a solas, sin nadie.

Aprovecho que todavía hay luz para ir a dar un paseo.

Antes de salir de casa, como siempre, cojo mi teléfono, las llaves, me pongo unos «polvitos» en las mejillas, brillo en los labios y cierro la puerta.

El retocarme me da seguridad, siempre lo hago. Nunca sé con quién me voy a encontrar, o si voy a entrar en una tienda y al mirarme al espejo me voy a ver horrible. Me gusta la buena presencia, me afecta el estar bien, aunque cómoda, y aprecio mucho al que se cuida y se arregla.

Pues bien, este día no es mi día, es una jornada muy difícil. La mañana ha sido pesada en el trabajo y últimamente la relación con jefes y compañeros es bastante complicada por culpa de mi situación personal. Mi carácter ha cambiado, se ha vuelto agrio y triste y ellos lo notan, nunca había sido así.

En la oficina soy buena compañera, me gusta trabajar en equipo, pero también soy de las que intento, por todos los medios, que mi opinión prevalezca, si es que estoy segura de lo

que digo, claro. Y si es así, lo lucho hasta el final, vehemente y pasional, como en realidad soy.

Esa manera de ser tan vitalista no siempre me ha dado buenos resultados. A las personas que te rodean no les gusta que tengas tanta seguridad en ti misma. Por el contrario, todo el mundo prefiere la serenidad, el tono suave y pausado, y yo lo intento, pero no siempre lo consigo. Soy apasionada, alegre y me gusta el trabajo, pero sobre todo me gusta hacer lo que creo que se debe hacer.

El debate se hizo eterno y yo defendí hasta el agotamiento mi teoría. Si había sido demasiado intenso hasta para mí, no quiero ni pensar para los demás... La vida me afecta y no puedo separar lo que me hace daño de mi manera de ser, ahora estoy herida de muerte y ellos no tienen la culpa. La tragedia vive en mi cuerpo y en mi alma, no puedo apartarla de mi vida diaria y, por supuesto, no puedo seguir así. Yo soy la que tiene el problema, y yo sola, también, la que tiene que darle una solución.

Por fin pongo el pie en la calle. Con mis deportivas blancas, cómodas y muy *fashion*, mis iPod y mi música preferida —no puedo vivir sin música—, mi sombrero de ala ancha y una cálida *pashmina* al cuello. Hace frío y me encanta pasear al atardecer, sin tener que hablar con nadie, sola con mis pensamientos. ¡Este sí que es un disfrute solitario que, por supuesto, está apuntado en mi lista de placeres cómodos, sencillos e indoloros!

Siempre he sido una mujer, creo, especial, algo llamativa, dicen que atractiva y con clase, tímida cuando era niña y casi descarada en mi actual madurez, alegre, disfrutona, bastante centrada, que siente pasión por la moda y con una idea clara: hacer de mis errores virtudes y conseguir realizar mis ilusiones.

Pues bien, ahora tengo que centrarme, tengo que conseguir no estresarme tanto en el trabajo, tengo que poner las cosas en

orden en mi cabeza pues, está claro, tengo la vida hecha un auténtico lío.

Y esto no es porque sí, esto es por algo importante. Sé que todo lo que me sucede está relacionado con los sentimientos, con mis sentimientos. Relacionado con el amor y, por supuesto, con el desamor. Por eso necesito estar sola, salir corriendo, oír música a todo volumen y nublar mi mente. Las «cosas claras» en este momento son oscurísimas, y mi manera de ser, confiada y sin doblez, no casa para nada con el camino que están recorriendo los acontecimientos. Me han hecho daño, mucho daño, estoy sufriendo y no sé cómo gestionarlo. Me siento débil, herida, acobardada.

Vuelvo a casa y de mis ojos, bajo mi sombrero, se deslizan unas lágrimas que caen por mis mejillas, suaves, despacio, son lágrimas amargas, dolorosas; me acuerdo siempre de él, a todas horas, en cualquier lugar. Le odio, le quiero, le añoro, le amo... Y sin esperarlo y casi sin creerlo, al fondo de la calle, al lado de mi casa, le veo. No lo quiero aceptar, no lo quiero ni creer, pero el acelerón de mi corazón, los síncope y apneas de mi respiración, y el frío y calor que padezco al verle me dicen que sigue siendo él y, por supuesto, que él es el que no debería ser.

—¿Cómo estás hoy? —me pregunta mirándome por debajo del ala de mi sombrero.

No sé ni qué decir ni qué hacer, moriría por besarle de nuevo, pero también le deseo lo peor. Sé, sin ninguna duda, que con esta persona ya todo es trágico y doloroso, pero sigue ejerciendo una enorme atracción sobre mí, tanto que no puedo ni mirarle a los ojos.

—Ya te he dicho que te quiero lejos. —Le hablo sin poder mirarle a la cara—. No quiero saber nada de ti. En vez de proporcionarme felicidad, cada vez que pienso en ti desprendo

dolor y desaliento a borbotones. —Miento, claro, también amor, amor por cada poro de mi piel—. Me has hecho daño, mucho daño, y no estoy dispuesta a ser tu comodín. Has destrozado todo, mi vida familiar, mi trabajo, mi vida personal, mis ilusiones...

—Te he esperado aquí, bajo la lluvia, para decirte que quiero dejarlo todo por ti y que mi decisión de comenzar en cualquier lugar del mundo junto a ti, donde no sepan ni quiénes somos ni lo que hemos dejado atrás, me obsesiona. Solo pienso en eso y en que ojalá tú estés a mi lado. Te quiero con toda mi alma.

¡Ooooh! No puede ser, ¡qué me está diciendo, qué me está proponiendo...! ¡Mi corazón explota! Le quiero de verdad, pero mi cerebro dice que tengo que estar lejos de él. Mi cabeza da vueltas, la taquicardia no me deja respirar y no sé si salir huyendo o abrazarle y marcharme junto a él.

Siempre lo he sabido. Hay miradas que hablan más que los versos de Gustavo Adolfo Bécquer, y miradas que, tras clavarse en tus pupilas, van directas al corazón para herirte de muerte... Pero una muerte que sabe a miel, a fresa, a chocolate y que huele a jazmín y dama de noche.

Ninguna mujer puede decir que no sabe cómo empezó su historia de amor, pues todas somos conscientes del segundo exacto en el que la flecha entró con fuerza en nuestros corazones. Ese momento es tan femenino, que no vale la pena intentar confundirnos y decir «yo no hice nada».

Sí que hice... ¡Le miré y me miró, y ya está! Y la tragedia con sabor a dulce de leche empezó. Pero este amor comenzó, creció y terminó sin poder hacer nada para remediarlo y, confundida, quise demostrarme a mí misma que podía con mi vida y que mi vida era mía, de nadie que no la mereciera, pero estaba equivocada: no era fácil vivir una historia de amor y desamor en un mismo cóctel. Con la fuerza con la que entró en mi vida tuve que sacarle, y esa decisión me hirió sobremanera. Me cam-

bió el rumbo, movió mis cimientos y el derrumbe de mi edificio personal estaba al llegar.

Bajo la lluvia soy feliz. Mi sombrero me protege del agua, pero no de la increíble sensación del fresco goteo sobre mis mejillas.

Miro hacia arriba, quiero sentir la libertad y el bienestar que no tengo. Necesito respirar hondo, aislar mis sentimientos; en realidad, quiero gritar y llorar.

Me siento desgraciada, no soy feliz y creo que no lo voy a ser nunca, y, lo peor, creo que mi desgracia la estoy labrando yo misma por mi férrea decisión de no ser la que no quiero ser.

Llevo los iPod puestos, pero no pongo música. Me siento mal y, de escuchar algo, quizás pondría el *Réquiem* de Mozart para llorar y llorar y asistir, en mi imaginación, a mi propio entierro o al momento más triste de mi vida. Me veo sola, desgraciada. Sin fuerzas, lloro, lloro y lloro.

Desde luego, no hay nada más femenino que revivir en nuestro interior los peores episodios y regodearnos en nuestra tristeza. Por regla general lo que nos gusta, lo que nos pone, lo que nos conmueve, es dar vueltas a los dramas aumentados por nuestra perversa imaginación, viviendo momentos tan trágicos que nos presionan el pecho hasta no poder respirar. Y eso estaba haciendo yo en esos momentos, en el fondo no quería quitármelo de la cabeza y, por supuesto, de mi corazón. Pero había que dar la cara a la situación; la decisión que acababa de tomar, drástica y dolorosa, era una fractura para la vida que había soñado.

Siempre luchando entre el romanticismo y la razón, acababa de decir un NO con tal contundencia que en el mismo momento que oía en mi interior el eco de mi negativa, me daba cuenta de mi posible error. Pero la sensatez, o el solo hecho de conocer tan enorme traición, me hizo convencerme a mí misma de la necesidad de apartarle de mi vida, de no volverle a ver y, por supuesto, de despreciarle con fuerza.

Y así comienzo una vida sin la persona a la que quiero, con la ilusión perdida y el férreo sentimiento de haber hecho las cosas bien, pero a la vez dinamitando mi gran sueño.

Él me quiso, también quiso a otra, y luego me dijo que a la que amaba era a mí. ¿Qué tenía que hacer?

Ahora, destrozada y agotada de pensar y meditar sobre mi tragedia y de comprender que soy una desgraciada con mucha clase y poca suerte, me propongo comenzar una vida sentimental sin ataduras, sin reglas. Una vida mía, solo mía.

Creía ser feliz con la persona adecuada, estaba convencida de que él era mi vida, quien me hacía reír y soñar, y vibrar y vivir, y ahora me toca intentar ser feliz conmigo misma, acompañada por mis pensamientos, miedos y dudas, y, por supuesto, aparentando que he hecho lo que tenía que hacer o lo que todos esperaban que hiciera.

Todo, todo... menos dar la impresión de que me he equivocado. Y la verdad es que puede que me haya equivocado.

En mi total confusión y en mi deseo de tomar una decisión en el nuevo rumbo de vida que, por fuerza, tengo que tomar, empiezo por meditar qué es lo que mejor hago, o mejor dicho, empiezo por intentar conocer y gestionar mis virtudes. ¿Para qué valgo? ¿En qué destaco? ¿Qué es lo que quiero hacer? ¿Hacia dónde deseo ir? ¿Quiero seguir en mi trabajo o debo dejarlo y alejarme de amigos y recuerdos?

¿Quiero un novio maravilloso, por supuesto rico, y vivir fabulosamente? ¿O, por el contrario, me voy a dedicar a buscar el amor sin nada a cambio, el limpio pero pobre o el intenso pero simplón? No sé, quizás después de lo vivido, de lo ingrata que me parece la vida, de la poca confianza que he desarrollado hacia el género masculino, me veo más disfrutando de maravillosos viajes, ideal vestida, con maletas de Vuitton y de aeropuerto en aeropuerto o de playa en playa. Algo tan sofisticado y superficial que me haga olvidar la tragedia sentimental en que me encuentro metida.

Me apasiona el mundo de la moda, dicen que tengo buen tipo y soy resultona. Creo que voy a echarle un órdago a la vida e intentar hacer lo que me gusta y disfrutar, disfrutar, olvidarlo todo... Sin pensar en el amor.

Y es entonces, mientras me encuentro en mi pequeño y elegante apartamento de Madrid, ya sin ataduras, hecha un auténtico lío y, por supuesto, sin mi amor verdadero, cuando compruebo que me enfrento a una enorme decisión. ¿Dejo mi trabajo? ¿Sigo en la empresa? Sí, ¡tengo que dejarlo! Va a caer como una bomba, pero lo dejo. Lo que sé seguro es que así y aquí no puedo seguir, hay demasiados recuerdos, demasiados reproches, demasiado amor, demasiada traición.

Hoy aquí, en mi pequeña casa, en mi soledad, lo he decidido... ¡Lo dejo todo a cambio de nada!

—**P**ero ¿qué insinúas, que te vamos a dejar marchar con todos los planes que teníamos contigo? —El que habla, claro, es mi jefe—. Hemos confiado en tu palabra y hemos invertido en ti como un proyecto de nuestra empresa. No son momentos para hacer estupideces. ¿Qué es lo que quieres, cambiar de aires, de país, de trabajo o de vida?

—Francamente, no lo sé. Creo que estoy en un mal momento y lo que tengo claro es que no puedo continuar aquí.

—Ok. Vivimos en la más absoluta globalización. Estamos dispuestos a que sigas con nosotros, aunque no sea de forma presencial. Confiamos en tu criterio, en tus habilidades y en tu valentía con los proyectos. ¿Has pensado adónde quieres ir?

Y sin pensarlo dos veces y ante mi propio asombro y el de mis compañeros, sale por mi boca...

—¡África! Cualquier sitio de ese maravilloso continente.

—¿África? ¡Sí tienes que estar mal...! ¿No prefieres Nueva York, Shanghái?

Niego con la cabeza.

—Vale, de acuerdo, te daremos esa oportunidad. Solo tenemos que buscar el sitio adecuado, donde tengamos oficinas y con suficiente wifi para estar a tope con nosotros. Queremos,

ya que te vas, optimizar y cambiar tu forma de trabajo. A partir de ahora serás investigadora y la mejor asesora para nuestras inversiones. Eres fabulosa con los números y, desde luego, también con las estrategias. Confiaremos en ti. No nos defraudes.

Y yo, por supuesto, con la boca abierta. No podía creer ni lo que había dicho ni, naturalmente, lo que estaba oyendo.

De ese continente solo conocía la parte más romántica y melodramática de la maravillosa película *Memorias de África*. Siempre quise ser Karen Blixen y encontrarme allí con el atractivo cazador blanco Denis Finch Hatton. Por supuesto, a este, a Denis, no le hubiera dejado marchar ni por la tragedia que estaba viviendo en estos momentos... ¿O sí?

Asombrada con lo que acababa de vivir en el despacho de mi jefe, asombrada por la poco meditada petición, empiezo a pensar en mi suicidio profesional y a creer que no soy una persona que pueda volver a vivir el amor. Empiezo a desconfiar de mis habilidades para tal arte y, sobre todo, no me fío nada, nada, de mis rápidas decisiones tantas veces contrarias a lo que debería beneficiarme.

Pero ¡por Dios, qué he hecho! ¡He roto con toda mi vida! Tenía un trabajo, una pareja, una casa, y ahora parece que no queda nada de ello.

Puedo, desde luego, echarme atrás, volver a mi cálida monotonía y seguir paseando desesperada bajo la lluvia y con mi sombrero cubriendo mis lágrimas. Todavía estoy a tiempo. No tengo por qué cruzar, tan rápido, la línea de no retorno, pero...

En el fondo me hace ilusión. Siempre he querido vivir alguna aventura, pienso que valgo para ello, que lo sabré disfrutar, soy osada y a veces muy lanzada, pero lo que nunca pensé es que tendría el valor de decidirme. Aunque en realidad no soy yo la que se ha decidido, han sido mis circunstancias, mi desengaño y, sobre todo, mi falta de valentía para volverme a encon-

trar con él. Quiero poner tierra de por medio y buscar nuevos caminos que me hagan vivir una vida plena.

Y es entonces cuando me veo en mi dormitorio, sola en casa, y abro mis maletas, decidida, y empiezo a llenarlas con mi ropa más liviana, la que creo que me tendré que poner allí. Pantalones cortos, camisetas, sombreros, viseras, deportivas, botas, sandalias planas, un vestido largo y escotado —por si acaso—, pijamas y algo de lencería —nunca se sabe—, gafas de sol, mucha crema protectora e hidratante, desodorante, las medicinas más elementales y mis maquillajes más necesarios. Siempre, siempre me gusta estar con buena cara, presentable.

Supongo, además, que la sabana no es mi destino, pues han decidido trasladarme a Nairobi, donde parece que se está moviendo mucho la economía, abriendo ciertos canales de negocio para mi empresa.

¡Qué loca estoy! ¿Habré perdido la cabeza con esta decisión?

No sé nada de mi incierto futuro pero, en el fondo de mi ser, me hace ilusión abrir mi vida a la incertidumbre, al riesgo, a la aventura... Siento que es mi única salida.

Dicho y hecho. Al cerrar mi maleta me doy cuenta de que cierro, también, el capítulo más importante de mi vida. Los años en que me he realizado como profesional, mi maravillosa vida en Londres, mis amigos, las fabulosas fiestas y, sobre todo, el año en el que conocí, por primera vez, el amor de verdad, en el que le conocí a él. Un amor corto pero muy intenso, maravilloso y pasional, y con un desgarró final que ha cambiado mi vida.

Puerta 069. Destino: Nairobi.

Los aeropuertos me encantan. En ellos, mi mente se traslada a lugares fabulosos, desconocidos, apetecibles.

Aunque vaya a un sitio cercano y nada especial, siempre me siento a esperar el embarque y comienzo a analizar a las perso-

nas que, con gran ánimo, esperan también la llegada de sus aviones para iniciar su aventura particular. El aeropuerto es un lugar de expectativas, de encuentros, y yo hoy y ahora —casi no me lo puedo creer—, con demasiadas dudas y mucho miedo, me siento en la puerta de embarque 069 destino Nairobi... Todavía me tiembla la voz al repetir ese nombre...

Y es que, además, sé poco de la ciudad, apenas he tenido tiempo de leer sobre ella; es más, creo que si hubiera intensificado mi estudio, a lo mejor no estaría ahora mismo aquí, en este asiento y de los nervios, esperando el momento del embarque.

Lo que sí sé, y quizás por eso estoy aquí, es que me resulta muy romántico por tantas películas y novelas que se han desarrollado allí. Cada una con una historia de amor, una mujer como protagonista y un hombre, interesante y libre, como seductor.

Mientras pienso en todas estas cosas, preocupada y casi desquiciada por mi decisión, veo a mi lado a una mujer leyendo. Me gusta su presencia, me parece interesante. Se la ve, creo, independiente, segura de sí misma. Ella no va muerta de miedo ni nerviosa como yo, por lo que me atrevo a preguntarle:

—Perdona, ya has estado en Nairobi, ¿a que sí? Te veo relajada y el destino, a mí, me pone de los nervios.

Levanta la vista, sorprendida.

—Sí, por supuesto. Estoy volviendo a mi casa, a mi vida. Llevo bastantes años viviendo allí y regreso tranquila, claro. Y tú, ¿por qué estás nerviosa?

—Es mi primera vez en África. Voy a instalarme en la capital de Kenia y no sé con lo que me voy a encontrar.

—Tienes miedo, ¿verdad?

—Mucho. Estoy bastante desorientada y con mucho desasosiego, por eso me he atrevido a preguntarte, aunque también estoy con ánimo, pero el desconocimiento me hace ver las cosas de manera exagerada. Lo bueno, muy bueno, y lo malo, malísimo... Tan pronto imagino mi apartamento en un lugar inse-

guro y terrorífico, como pienso que voy a estar en un lujoso *penthouse* con vistas fabulosas al mejor parque de la ciudad. Soy una pura contradicción.

—Te entiendo. Los comienzos no son fáciles... Y allí, francamente, pueden ser difícilísimos.

—Oh, ¡no me preocupes más! ¿Qué me voy a encontrar? ¿Por qué me dices eso? —exclamo asustada y convencida aún más de mi error.

—Bueno, pues tendrás que tener las prevenciones de siempre. Como es natural, la noche no es muy segura, debes tener cuidado de no llegar después de que se ponga el sol. Más allá de las siete de la tarde nada bueno podrás hacer fuera de tu casa o de la de algún amigo. Y si estás de visita o invitada a cenar, te recomendaría que también te quedaras a dormir.

¡Por Dios, qué me está diciendo! En realidad, lo suponía, pero cuando te lo cuentan antes de llegar, te dan ganas de no subirte al avión y tirar todo, nunca mejor dicho, por la borda.

—Pero no te preocupes. Yo también tuve una primera vez, un primer día, y aquí estoy, volviendo a mi hogar. Para mí fue un nuevo despertar, una nueva esperanza, y, sobre todo, encontré paz, mucha paz y mucho amor.

—Oh, ¡gracias, Dios mío! Menos mal que te escucho decir algo esperanzador. Creo que no me llega el aire a los pulmones, casi no me salen las palabras. En estos momentos, mi lucha interior está siendo excesiva. Pero ¿sabes qué te digo?, que también estoy deseando llegar y comenzar. Basta ya de miedos e inseguridades. Si me he decidido a esto, seguiré hasta el final. Y no te preocupes, te prometo no ser la causa de tu dolor de cabeza con mis preguntas e inseguridades. Por favor, cuéntame cosas, tal como son. Yo las iré acumulando y clasificando y, te digo ya de antemano: si me quieres como tu nueva amiga, estaré encantada. Para mí te has convertido en lo más cercano a la persona más querida y deseada.

Me ha salido del alma esta terrible frase, estoy desesperada por poder disfrutar de su compañía.

Ella me contempla entre conmovida y en *shock*. En realidad no nos conocemos de nada, pero yo la necesito tanto que pienso que es la mejor persona que podría tener a mi lado. Y, claro, ella me mira sonriendo pero con recelo. Supongo que tendrá dudas de si soy un auténtico coñazo o, por el contrario, si podría convertirme algún día en una buena amiga.

Por fin embarcamos, nos espera un vuelo directo de casi nueve horas de duración. Mi vida también se embarca en este avión rumbo a lo desconocido. Atrás dejo una familia destrozada, mi estado de bienestar, mi bonita casa, mi trabajo, amigos, restaurantes y bares, y, sobre todo, dejo el amor, un amor con desenlace tan turbulento que me ha hecho hasta tener vértigo. Sin duda estoy cerrando el capítulo más importante de mi vida, y el siguiente está por escribir.

Sandra, que así se llama mi nueva y admirada amiga, es una mujer con bastante estilo, tiene la gracia natural del que ha nacido y vivido con clase. Su educación no es forzada, sino suave, sus exclamaciones sutiles y sus risas, comedidas. Nada en sus movimientos y sus palabras es al azar.

Viste con mucha elegancia. Ella es de las que van a África con vestido camisero de florecitas, cinturón de piel y deportivas con «la estrellita», las más *cool*. No le falta el sombrero y su bolso es de una piel natural tan fina y bella como el conjunto de esta hermosa mujer. Cola de caballo, piel cuidada y poco maquillada, y unos llamativos ojos realzados por un *eye liner* muy bien dibujado.

En cambio, yo, que, vuelvo a repetir, siempre me he considerado muy a la moda, pues he ido de tópica y me he colocado para viajar la típica sahariana, con bermuda en tono beis y botas de campo... Vamos, como si me fuera ya a un safari, y al verla a ella tan perfecta, lo mío parece más un disfraz, como salida de la mismísima película *Mogambo*.

Pues bien, primera lección: en África también existe el estilo. Esto se pone, por lo menos, interesante. El aspecto de Sandra me dice mucho de mi futuro incierto y pienso que hasta puede llegar a gustarme.

Sandra y yo no coincidimos en los mismos asientos. Casi mejor, pienso, hubiera sido un poco pesado para ella. Tengo que cuidarla como si fuera un tesoro. Nada de agobiarla con mis dudas y miedos. Mucho mejor intentar darle la impresión de que puedo ser una buena compañía y que le puedo aportar algo.

En este momento el piloto se presenta por el altavoz y nos comunica que vamos a despegar. ¡Ya está! Ya comienza mi reto y creo, y no sé por qué, que me encuentro mucho más animada, con nervios pero esperanzada.

En mi asiento no tengo a nadie a mi lado; muchísimo mejor, en un largo viaje merece la pena descansar y el solo hecho de tener a alguien indeseado me altera la tranquilidad. Dejo mi bolso en el asiento libre, no molesto a nadie, cierro los ojos y me pongo a pensar en «mi episodio central». En el capítulo que ha cambiado el rumbo de mi vida.

Pepe es un hombre superatractivo, quizás demasiado, de esos que te da hasta miedo pensar en estar con él por la dificultad que puede llegar a tener la convivencia. Es divertido, culto, le gusta bailar y le fascina la música, como a mí. Sus gracias son reídas por todos, sus bromas encantan a la gente y las palabras malsonantes las dice con tal simpatía que parecen las idóneas del diccionario para reflejar una divertida situación.

En sociedad, Pepe es un diez, te da seguridad ir con él, siempre queda bien y es, por supuesto, el invitado más esperado en las reuniones. Además es muy, muy guapo; bueno, quizás la palabra no sea guapo, pero eso le convierte en mucho más interesante. Viste, casi siempre, *casual*, pero le gusta vestir bien, las chaquetas le sientan como un guante, está delgado y sus pan-

talones, de pata más bien estrecha, los ajusta a la cintura con un cinturón de piel de gran calidad. Sus zapatos son también un reflejo de sí mismo, muy clásicos y muy típicos, en color negro o burdeos, y nunca le falta el pañuelo de seda en la chaqueta. Huye, casi siempre, de las corbatas, se sabe atractivo y le gusta más la camisa desabrochada en su primer botón. Francamente, su presencia no deja indiferente a nadie y a mí, por supuesto, me cautivó.

Todavía recuerdo el día, mejor dicho, la noche en que le conocí, la noche en que cambió del todo mi vida. Estábamos tomando unas copas con amigos del trabajo y él llegó por sorpresa. Y sí, él me miró y yo le miré. Y a partir de ese momento mis nervios demostraron a todo el que me conocía que algo me estaba sucediendo, que no era la misma, que mis palabras no tenían sentido y que mis ojos ni se centraban ni apenas eran capaces de mirar de frente a nadie.

Pepe, claro, lo notó, se dio cuenta y, con desfachatez, me sonrió.

Llego herida a Nairobi, muy herida, pero también con la esperanza de romper con lo que tanto me duele.

Encontrar a Sandra en el aeropuerto me ha dado alas para pensar que todo no iba a ser tan malo y que, quizás, pueda tener una vida distinta y apetecible. Una vez desembarcadas me despidió con la ilusión, le digo, de volverla a ver. A ella la espera un precioso Mercedes con su mecánico uniformado; a mí, un señor bonachón y gordito que porta un cartel con mi nombre.

La ciudad no me sorprende. La esperaba casi tal como es; he leído algo sobre ella. Impresiona ver tantos rascacielos en medio de África. De hecho, la visión es extraña. Allí, lo que apetece ver, por lo menos a mí, es la inmensidad de la sabana, pisar su tierra roja y encontrarte de frente a una hermosa jirafa, lógico, ¿verdad? Pero no, aquí estoy pisando asfalto, y por cierto no muy limpio, y con mujeres, hombres y niños rondando de un lado para otro. El caos es el dueño de la ciudad, y a pesar del enorme desarrollo que se aprecia, se nota que es una urbe sin terminar, inacabada, y que, junto a esos altísimos edificios que pudieran ser un reflejo de prosperidad, las personas, en su mayoría, viven en precario sin saborear todavía las mieles del progreso.

Y este abanico de sensaciones las estoy viviendo gracias a las bondades de mi empresa, en el interior de un estupendo coche con un simpatiquísimo mecánico que se desvive por explicarme cada rincón y movimiento que se produce a nuestro lado.

Vamos despacio y eso me ayuda a fijarme bien. Han pasado solo un par de horas desde mi llegada y ya sé que mi cuerpo y mi mente quieren ir tierra adentro, que no me va a quedar otro remedio que empezar mi vida en Nairobi trabajando para mi empresa, pero que me están entrando unas ganas locas de conocer y vivir con pasión la llamada de África.

Y por fin llego al que, a partir de ahora, va a ser mi nuevo hogar. Frank, que así se llama mi chófer, señalando con su mano el edificio, me dice que hemos llegado, me acompaña al ascensor con la maleta y me indica que suba al noveno piso; me da las llaves y se despide con una agradable sonrisa. Sin duda a él le hace gracia, y yo me quedo, en cambio, sin respiración.

Subo en el ascensor asustada, todo es distinto a lo vivido hasta ahora. El edificio es bueno, está limpio y parece en buenas condiciones, pero su olor especial, casi caribeño, entre húmedo y rancio, te da idea del lugar en que voy a vivir a partir de ahora.

Al entrar en el apartamento, lo primero que me parece es frío, muy frío —no de temperatura, claro—, casi diría que desolador. Suelos blancos de mármol, pocos muebles y de madera oscura, y luces de techo en tonos amarillentos. Poca calidez, algo tropical y con muy poco gusto, y veo una silla y me siento en ella sin respiración. El encontrarme bien en la casa donde vivo para mí es elemental; la decoración me apasiona y sentir confort al llegar a casa es lo que más aprecio. No sé qué pensar. Empieza a darme vueltas todo...

¡No me gusta cómo es el lugar ni lo que parece que me espera! Me imagino sola entre estas cuatro horribles paredes o andando por las calles que hemos atravesado con el coche, y me siento muy insegura. Maldigo el minuto en que pedí mi traslado a África, pues creo que no me entendieron. Debí decir:

¡a cualquier sitio menos a Nairobi! En estos momentos solo pienso en volver a ver a Sandra, mi tabla de salvación. No la conozco de nada, solo de unos largos minutos, pero es lo más parecido a un familiar cercano.

En ese momento suena el timbre. Alguien llama a la puerta y no sé qué hacer. Me quedo bloqueada, todo me da miedo, pero no me queda otra que abrir. Acercó mis ojos a la mirilla y veo a un hombre con buena pinta, pongo la cadena de seguridad y al abrir, el hombre, con una ligera sonrisa, me dice en un tono ceremonioso:

—Perdone que la moleste. Le traigo esta tarjeta de parte de la Embajada de España. Solo era eso, buenas tardes.

Oh, ¡las noticias vuelan! ¿Quién les habrá dicho que ha llegado una nueva española a este lugar? Saben que estoy aquí y me invitan a una recepción en la Embajada, lo que me anima bastante, sobre todo por el hecho de no estar sola la primera noche. Quiero conocer a gente, necesito estar con gente, salir de aquí, no me siento bien entre estas cuatro paredes. La verdad es que nunca me imaginé tan agobiada. Era una mujer independiente desde hacía tiempo, acostumbrada a vivir sola y, por supuesto, a viajar sin depender de nadie, pero Nairobi no me traslada nada de confianza. Ni sus calles ni su ritmo ni sus gentes.

Solo quedan unas horas para la recepción y me doy cuenta de que me tengo que arreglar y que he traído muy poca ropa, y, no sé por qué, pero quiero estar espectacular. Debo salir a comprarme algo. Nunca imaginé que tendría mi primer encuentro social tan pronto.

La primera impresión es importantísima y no pienso parecer la deprimida e histérica españolita que, por mal de amores —seguro que ya lo han comentado—, llega desesperada a un raro destino donde olvidar y llorar sus penas.

Y cogiendo mi bolso bandolera y con la fuerza que da la rabia por lo que me está tocando vivir, salgo de mi rancio

apartamento y me tiro a la calle a buscar algo con lo que impresionar.

La ciudad me confunde, es un ir y venir de gente sin control. Algunos van vestidos con traje —pocos—; otros, con indumentaria de trabajo *casual* y sin pretensiones, y los más, bastante dejados a la inercia del país: pantalones fresquitos y camisas de colores vivos, entre africanos y caribeños. Y yo, todavía vestida de Diana cazadora, miro y observo todos los escaparates buscando algo que ponerme, algo favorecedor y rompedor, algo especial... No encuentro nada, lógico, y me decido a ir a una especie de mercadillo y buscar algo del país, algo de color espectacular y hacer así un homenaje a la tierra que me recibe y de la que espero tanto.

Dicho y hecho. Es en un tenderete callejero donde encuentro una falda larga en vivos colores fucsia y verde. Tiene una abertura muy larga que me ayudará a hacer con un poco de descaro un «Angelina», y por blusa veo un pañuelo de gran tamaño que, anudado al cuello y dando una vuelta por la cintura a la altura de mi ombligo, podría dejar la espalda al aire, consiguiendo así un conjunto bastante impresionante. ¡Perfecto! Me lo llevo, estoy feliz. Creo que la niña tontita y depresiva que acaba de llegar va a dar un giro a la opinión de todos cuando me vean entrar con gran seguridad y demasiada presencia.

Vuelvo a mi apartamento. Estoy poniendo muchas expectativas en esta reunión en la Embajada. Me encuentro tan sola que quiero conocer a alguien, o a muchos, que hagan de mis comienzos aquí un camino mucho más llevadero de lo que me imagino. ¡No puedo desaprovechar esta oportunidad!

Delante del espejo de mi nuevo cuarto de baño —no me gusta, es amarillo, amarillo, me dan miedo los insectos y no quiero pensar si alguno me va a visitar—, empiezo a maquillarme y a ponerme lo más atractiva posible.

En el fondo no sé lo que espero ni lo que quiero. Quizá se puede hasta pensar que deseo conquistar a alguien nada más llegar. Me estoy tomando demasiado en serio este cóctel y lo de arreglarme y gustar, algo que hasta ahora no me había parecido importarme —de ahí mi pequeña maleta— y ahora me importa en exceso. Sin duda es el miedo a la soledad.

La verdad es que me encuentro fantástica con este conjunto que me he sacado de la manga. Es favorecedor y colorista. Es un homenaje al lugar, pero también femenino y atractivo. Y sin tardar mucho más, me coloco mi collar dorado favorito y unos pendientes de aro favorecedores al máximo. Sandalias altas de tiras y bolsito rojo de mano. Y con los nervios a flor de piel, bajo al coche que ya me espera en el portal.

Nunca antes había pensado lo que puede significar una sonrisa, un apretón de manos, un abrazo o una mirada de cariño, y en estos momentos todo eso y más lo quiero dar, pero, sobre todo, lo quiero recibir. Sentirse sola no es agradable, y sentirse sola en el interior profundo de África casi, diría, me da terror.

Con esas sensaciones y cuando estoy con el alma compungida y los nervios en el corazón, el coche frena despacio y mi mecánico, diligente y educado, sale del vehículo para abrirme la puerta con una elegancia tan exótica que me hace levantar la cabeza como si fuera alguien y salir del coche con una actitud casi de película.

De repente comienzo a conocer una nueva versión de mí misma. Nunca me hubiera imaginado con semejante *look* llegando a la residencia del embajador de España en Nairobi. Necesito gustar, quiero gustar. ¡Voy a gustar!

Subo las escaleras como si fuera una novia. Nerviosa, las piernas temblando y casi con lágrimas en los ojos, me viene a la memoria, como en una moviola, mi vida en Londres, mi bonito y acogedor apartamento, mis paseos al atardecer. Y también pienso en mi amor, en mi desamor, en la causa de todo.

Sé que en este momento comienza una nueva etapa en la que tengo muchas expectativas puestas. He dado un paso casi suicida y ahora necesito encontrar con carácter de urgencia el cariño de alguien, la amistad y la cercanía de quien quiera acercarse a mí.

Entonces alargo mi espalda, respiro hondo y entro por la gruesa puerta de madera que comunica con la preciosa residencia de nuestro representante. ¡Y ya está! Ya he entrado, ya me están mirando... Nadie me conoce, a nadie conozco y me late el corazón con tal fuerza que creo que me voy a desmayar.

La vista casi perdida no me deja definir las caras de los que, en este momento, me analizan de arriba abajo. Supongo que soy la única nueva y, por tanto, algo digno de mirar, analizar y, ¿por qué no?, criticar. Debo de parecer un pajarillo perdido pues, ligera y con una enorme sonrisa, se acerca a mí una mujer de cierta edad que me saluda con gran educación y, sobre todo, mucha simpatía.

Oh, el embajador es embajadora, y esta mujer me abraza con cariño y calidez. ¡Se lo agradezco tanto!

—Querida, no sabes la expectación que nos provoca a todos tu incorporación a esta tierra tan apasionante. Quiero que sepas que, desde este momento, puedes contar con nosotros.

Mientras ella habla, miro a mi alrededor para ver cómo son mis nuevos «amigos», la gente de la que espero tanto sin conocerla y a la que, a su vez, mi llegada produce tanto interés.

Las mujeres me analizan de arriba abajo. Creo que les extraña y, al mismo tiempo, les gusta mi original atuendo. Los hombres, de otra manera, lógico, no dejan de examinarme.

Seguramente les intriga qué es lo que ha venido a hacer una chica joven con cara de niña bien a un sitio como este. Creo que nadie en sus cabales, y menos sola, puede elegir un destino tan desconcertante.

Ahora, cuando empiezo a pensar qué hablar con la señora embajadora, una voz conocida, la única que podía conocer, me interpela:

—Pero ¡qué casualidad y qué maravilla volver a encontrarnos aquí!

Es mi compañera de viaje, la mujer en la que vi la primera cara amable del nuevo país donde voy a vivir.

—¿Os conocéis? —pregunta la embajadora.

—Sí, de hace veinticuatro horas.

—Oh, ¡qué suerte volver a verte, Sandra! Eres casi una obsesión para mí. Por un momento, cuando nos separamos en el aeropuerto, creí que no nos volveríamos a encontrar.

Sandra me mira sonriendo y con asombro.

—Pero ¿qué llevas puesto? ¡Qué original! Nunca hubiera imaginado un *look* tan local y a la vez europeo. Comienzo a conocerte y me empiezas a asombrar. Pero ¿no eras analista en una multinacional? Me encanta la fuerza que le has dado a tu atuendo y cómo has sabido captar desde el primer momento la energía de este país.

—Bueno, ha sido una pura suerte. Cuando recibí la invitación salí a la calle a buscar algo y este conjunto es lo que conseguí en media hora de búsqueda por las calles y mercadillos.

—¡Es fascinante! —me dice mientras me mira asombrada.

Me lo dice una mujer que comienza su temprana madurez —más o menos cuarenta años— con una elegancia poco habitual. Se podría decir que algo minimalista, lleva un sugerente y sencillo vestido en seda color crudo, sin mangas y escote en uve, y unas largas y finas cadenas doradas. Su estilo me cautiva. Sin duda es la más glamurosa, clase a raudales y apostura serena, casi inmutable. Está claro que para impresionar en Kenia no hace falta disfrazarse de keniana o de Diana cazadora. Sandra me lo vuelve a demostrar.

—Sandra, ¿crees que ha sido de mal gusto venir así a la recepción? No he traído nada de vestir y lo primero que se me ocurrió fue salir y hacer un homenaje a la ciudad que me recibía, de primeras, con los brazos abiertos, utilizando indumentaria local, adaptada a mi estilo.

—Todo lo contrario, es una maravilla, es bastante impresionante. Creo que has comenzado genial con tu entrada triunfal llevando los colores atrevidos y llamativos de esta tierra. Desde luego no has dejado indiferente a nadie y, además, has demostrado tener carácter, que aquí se necesita y mucho.

—Oh, Sandra, qué tranquila me dejan tus palabras.

Cuando se acerca el camarero y me ofrece una copa de champán, alguien me la da de su mano sin que yo pueda llegar a cogerla de la bandeja.

—Me encantaría conocerla. Creo que podríamos ser buenos amigos.

Mi atractivo e interesante interlocutor desconocido me deja impresionada. Le miro y me impacta. Su voz tiene carácter y sus silencios son divertidos por sus miradas.

—¿Por qué cree eso? No nos hemos visto nunca y, puesto que acabo de llegar, mi estado de ánimo es de prevención y desconfianza con todo el que se me acerca.

Sonríe con la descripción que hago de mí misma.

—Bueno, más entretenido será el camino. Presumo que según se describe será difícil invitarla a cenar mañana, ¿correcto?

—Pues sí, correcto. Creo que para que eso ocurra tendrá que pasar tiempo..., vamos, como un millón de años.

Vuelve a sonreír. Creo que duda de mis afirmaciones y yo misma desconfío de ellas. En realidad estoy diciendo lo que creo que tengo que decir, aunque en mi interior compruebo que me alegro al oírle hablar y me da confianza gustar a alguien tan apuesto y educado.

Después de este apasionante encuentro, la noche se convierte en un ir y venir de personas que, expatriados como yo, se ofrecen para enseñarme la ciudad o que quieren saber por qué una chica sola y sin familia ha decidido trasladarse a vivir alejada de todo y sin aparente necesidad alguna. Al fin y al cabo ni soy médico cirujano, ni presidenta de una ONG, ni hay nada

por lo que una joven analista financiera tenga la obligación de estar allí.

Pero en breve empiezo a darme cuenta de que las noticias vuelan y que algunos compañeros míos de Madrid habrán comentado mi reciente ruptura y mi incapacidad para seguir viviendo rodeada de recuerdos. Y también soy consciente de que no llevo más que unas horas y Nairobi se presenta como un lugar que me ilusiona y me intriga. No sé cómo encarar aquí mi vida, pero empiezo a pensar que mi cambio podría ser un acierto, algo me dice que me podrían ocurrir cosas interesantes.

Me centro de nuevo en la recepción. De todos los que estamos en el cóctel Sandra es, desde luego, la reina del lugar. Su manera de estar, la admiración que produce en todos y el dominio de la situación, todo me crea expectación e incógnitas sobre su intensa vida aquí. Una española sola y destacando en una sociedad bastante difícil y distinta a la nuestra.

Me aproximo a ella, quiero intimar más, pues casi sueño con estar cerca en su día a día, y aunque imagino que pertenece a una clase social alta, yo estoy muy acostumbrada a desenvolverme bien en esos círculos. En mi vida en Londres hice un auténtico máster en ese tipo de sociedad.

—Sandra, me encantaría volver a verte. Mañana comienzo a trabajar, pero aunque no quiero molestarte, no puedo dejar de pensar en que, después de mis horas de trabajo, vuelvo sola y desolada a mi amarillento apartamento... —y le hago un gesto entre triste y horrorizada.

Sandra sonrío, no le pilla de sorpresa. Imagina mi necesidad de compañía y creo que le parece bien. Posiblemente piense que tengo algo que le apetece conocer, o por lo menos, no le soy indiferente.

—De acuerdo, pero yo no resido en la ciudad, soy de las expatriadas en toda regla. Vivo pisando la tierra roja que Kenia nos ofrece. Es una casa algo solitaria, no del todo, claro, pero donde te impresionará estar.

—Oh, ¡maravilloso! Eso es lo que de verdad esperaba. Creo que no veo el momento de llegar allí y tomarme un té al calor de la chimenea..., porque tendrás chimenea, ¿no?

—Sí, sí, claro que tengo chimenea, y cada tarde se enciende no solo para dar calor, sino para completar el ambiente de hogar que tanto me gusta tener.

—Oh, Sandra, creo que en este momento eres en lo único que pienso. No me gusta donde vivo y no sé si querré trabajar en el décimo piso de un rascacielos, en pleno Nairobi y frente a un ordenador. Todavía no me he incorporado y ya estoy pensando en dejarlo. Creo que no he venido a África para eso.

—Bueno, bueno, no te precipites. Aquí la vida tampoco es fácil y creo que la estás idealizando porque tu cabeza necesita aferrarse a algo más bello, a algo por lo que pienses que ha merecido la pena la decisión que tomaste, ¿es así?

—Completamente. Qué bien lo has definido. Estoy aquí por un desgarró interior, por un *shock* sentimental. Sé que algo imaginabas. Tuve que romper con todo y no volver a ver a nadie más, y, aunque no te quiero presionar, ahora tú eres lo más parecido a la más deseada compañía.

—De acuerdo, nos vemos, pero no pienses que yo soy tan vehemente como tú. Mi vida me la planteo más fría con respecto a los sentimientos.

—No te preocupes por mí y mi manera de ser. Mil gracias. Me adaptaré a la tuya. Pero una última pregunta: ¿has visto al hombre que se me ha acercado antes? Es simpático, muy atractivo, me ha invitado a cenar...

Sandra cambia de semblante. Algo más seria de lo habitual, me dice bajando el tono de su voz:

—Ten cuidado. Es interesante, pero complicado. Le irás conociendo poco a poco. Espero que no te haga daño.

Al oír estas palabras me quedo preocupada. ¿Qué puede haber querido decir?

Intrigante le he notado; atractivo, mucho, pero ¿hacerme daño? Sería lo que me faltaba.

Me despido de todos y casi en *shock* llamo a mi mecánico, que ya está esperándome en la puerta.

Cansada, plena, pero algo preocupada, me meto en el coche. Frank me habla en un limitadísimo inglés, aunque intenta ser amable y, la verdad, lo consigue. A la vez que me dice que está para ayudarme en lo que necesite, miro con enorme interés e intriga las calles de esta ciudad sin ley. Ya me avisaron de que de noche, a partir de las siete, cuando oscurece, ni se me ocurriese ir sola a casa, y en ese momento siento un enorme escalofrío que recorre todo mi cuerpo.

¡Estoy sola y tendré que subir a mi apartamento sola también! Al llegar decido hacerle a Frank mi primera petición.

—Frank, ¿podrías acompañarme y subir conmigo al apartamento? Estoy bastante nerviosa, me invade cierta inquietud a lo desconocido, ¿te importa?

Él me sonrío, a lo mejor lo esperaba, y con un amable gesto me abre la puerta y hace el signo de ¡adelante, tranquila!, y respiro hondo...

Subimos juntos en el ascensor y al llegar saco mis llaves y abro la puerta. Frank está a mi lado sin decir una palabra, enciendo la luz y entramos los dos juntos.

En mi mente se acumulan sentimientos y en este momento todos son de rechazo. No me gusta nada, nada, mi apartamento, no es acogedor, no es femenino, es impersonal y la decoración deja mucho que desear. En cambio, para Frank es fabuloso.

—¿Lo ve, señorita? Todo estar en orden, correcto y sin problemas. Tener una preciosa casa en la que ser muy feliz. ¿Quiere algo especial de mí?

—Sí, por supuesto. Quiero que mires todos los rincones y debajo de la cama. Soy muy aprensiva y no me encontraré a gusto hasta que la revisión sea completa, por favor.

Frank ríe. Para él es todo fantástico, precioso y seguro, y le entiendo; espero que también él me entienda a mí.

Nos despedimos con mi enorme agradecimiento, que también aprecia él, y sin dejar pasar un minuto, cierro la puerta con la llave y el cerrojo de arriba. Compruebo varias veces que por allí no es posible que pase nadie y comienza mi primera noche en mi desconocido destierro.

Mi habitación es casi una celda de monasterio. Austera, sin apenas detalles, pero por lo menos la cama es grande, y ahora es lo único que necesito.

Me tiro con fuerza y cruje el colchón. Evidentemente no es de los mejores que he probado, pero eso no me importa. ¡Lo feliz que sería yo ahora mismo en esta misma habitación y con este colchón si estuviera con la persona adecuada, si estuviera con él!

Los ojos se me llenan de lágrimas, creo que quiero llorar... y lloro sin un final. Echo de menos sus abrazos, sus caricias y sus agudos comentarios sobre nosotros y nuestra relación. Vivimos poco juntos, pero para mí se convirtió en mi vida. Feliz, feliz, solo lo he sido con él, y la sensación de querer lo perdido es agobiante y casi insoportable.

Y así me quedo dormida, sin cambiarme, sin quitarme mi precioso conjunto étnico que tanto ha gustado y sin desmaquillarme. He tenido muchas sensaciones nuevas y gracias al agotamiento entro en la catarsis del sueño y empiezo a disfrutar de la felicidad de la inconsciencia.